



Olga de León y Carlos Alejandro

Los viajes fantásticos de la memoria

Cada vez, era mayor mi miedo de visitar a los abuelos en Ciudad Juárez. Los asesinatos pululaban como cerezas maduras que caen en cada esquina, y con ellas las ramas y el árbol mismo, que de purito miedo se agachara para evitar las balas. Por ese tiempo, ya ni se hablaba de crímenes o secuestros en los periódicos, o no había suficiente celeridad en las imprentas para sacar cada nota roja o quizá fuera así porque dejaron de ser "noticia", porque parecía que lo que hoy se divulgaba también había sucedido no solo ayer, sino antier y un día antes de antier y la semana pasada.

Hasta que un día me armé de valor, les avisé que iría y en horas estaba tocando a su puerta; me recibieron con todo listo para una carne asada, mesa y tres sillas viendo hacia la terraza de la residencia de atrás de la suya, donde según me contaron, ¡pasaba cada cosa!, que rogaban porque esa noche nada sucediera. El abuelo, pícaro como era, además de circunspecto pero con la música por dentro, esperaba con cierta inquietud que le rejuvenecía por lo menos la mirada y el aspecto de su rostro, que yo también (como él algunas tardes), me deleitara con el espectáculo que la vecinita, de cuando en cuando, no muy seguido, solía dar.

- Esa muchachita te quiere dar "picones". - Me dijo mi abuelo con una expresión de fingido disgusto dibujado en su rostro y los puños apretados; -porque estoy seguro que no es a mí a quien quiere divertir o molestar, sino a ti que cree que desde aquella vez en que viniste aún no te has ido; o a lo mejor piensa que en cualquier momento te puedes aparecer por acá, o quiere que yo te cuente cuando hablemos, lo que hace; no sé bien a bien qué pretenda, pero es a ti al que quiere entusiasmar... o molestar.

- ...es que deja la cortina de su recámara abierta, -continuó mi abuela, - y así se trasluce todo lo que bajo o alrededor de la iluminación se encuentra. Figúrate que yo enciendo el abanico para que no se oigan tan fuerte los gritos que pega, pero es inútil, hasta nuestra casa se escuchan, ya esté en la cocina o en la recámara, todo se oye.

- ¡Y le dan nalgadas!, - remató mi abuelo. - Le reclama, mi abuela. -Pues qué quieres que le mienta al chico, pues sí, que el tipo estaba dándole nalgadas.

- Les expliqué que yo ya no veía a la vecina de la casa de atrás, apenas si separada por dos pequeñas terrazas, la suya en alto y la de ellos.

- Alguna vez salimos a tomar un café, cuando su novio se fue de la casa, - les aclaré. Mónica se había casado joven, a los diecisiete años, y había tenido dos hijos. Luego se divorció por motivos económicos; pasó un duelo de cuatro años, y a los treinta y tres años conoció a Raúl, doce años mayor que ella, divorciado y con dos hijos.

Me contó la historia de su vida el

día que fuimos a tomar café. Nos quedamos toda la noche platicando en mi carro, con el aire acondicionado encendido para apaciguar el calor nocturno de Ciudad Juárez. Ese día quise tomarle una fotografía, pero había dejado mi cámara Nikon en la casa de los abuelos.

Ya hacia buen rato que mi amiga Ángela quería presentarme a Mónica, desde que yo me estaba separando, porque yo se lo había pedido, ella sentía que necesitaba platicar con alguien, menguar un poco la reciente pérdida. Se propuso buscar a su amiga, para concertarme la cita, pero Mónica no quería saber nada de ella, no contestaba sus correos electrónicos, y ya no eran amigas tan cercanas, desde el último intento de Ángela por reconciliar a Mónica con su ex marido, con quien había vivido realmente una historia trágica... y frente a los vecinos, no solo los de atrás, sino los de al lado y quizá también los de enfrente, todos pudieron ver el maltrato que sufría y la mala relación que llevaba la pareja.

Así que cuando por fin vi la foto de Mónica en facebook, cuando pude apreciar su rostro aperlado y delgado, su cabello en caireles hasta la cintura, y sus ojos azules, me emocioné ante la posibilidad de conocerla. Por lo que al saber que a mi amiga no le respondía sus llamadas,

decidí ir a buscarla por mí



cuenta. Vivía

atrás de la casa de mis abuelos en la Colonia Guerrero. Toqué a su puerta, a la mañana siguiente de que llegué, pero nadie abrió, no se encontraba. Entonces desistí de conocerla, por lo menos en ese viaje, y algunos días después regresé a Sonora.

Un mes más tarde volví a Juárez, para arreglar los papeles de mi divorcio, poniendo un poco de distancia, hice algunos trámites desde mi equipo personal portátil ya fuera durante la noche en casa de los abuelos, o desde algún café con web site; luego volvería a Sonora y finiquitaría la separación legal.

Así que en este viaje, le pedí a mi amiga Rosy que me la presentara, porque Ángela no pudo contactarla, pero me había mencionado que Rosalinda también la conocía. Rosy sí lo logró.

Mónica y yo nos vimos en un restaurante de la calle Pedregales, donde descubrí lo realmente delgada que era. No quiso cenar, sólo una botana y una copa de vino. Habló

y habló sobre ella misma, y su última relación con Raúl. "Esta chava no está lista para salir con nadie", me dije. Se habían separado, o más bien, él se había ido de la casa, quizás "porque extrañaba a sus dos hijos", los de su primer matrimonio, me dijo Mónica, pero en realidad él no le dio ni quiso dar explicación; simplemente se fue.

Luego de cenar, nos despedimos y cada uno de nosotros subió a su auto para regresar a la Colonia Guerrero, ella a su hogar y yo al de mis abuelos.

Al día siguiente, muy contento de estar allá, asaba carne en la terraza de los abuelos, acompañado de varios tíos; ella se asomó por la ventana de su recámara. Aproveché y subido a una escalera que tienen los abuelos para recolectar naranjas del árbol en el patio que da a su recámara, pude hablarle y la invité a un café.

En esa ocasión, ya en el restaurante, pasaron las horas como agua que fluye tranquila, mansa y sin prisa, hasta que nos cerraron el lugar (con eso de las balaceras y los secuestros todos los negocios cierran más temprano). Nos retiramos al estacionamiento y nos metimos al auto. Ella continuó contando la historia de su vida, toda la noche. Mientras, ahora, yo pensé: "definitivamente nada tengo que hacer aquí, no la puedo ayudar, ni ella es un apoyo para mí en este momento".

Entre modorro y somnoliento, me desperté en la madrugada, me levanté de la cama y enderecé mis pasos desde mi pequeña recámara hacia la cocina; tenía sed, mucha sed. Miré mis pies descalzos y de refilón, el piso de madera fina sobre el que me movía con algo de torpeza, por la oscuridad y por la trasnochada, y por los escasos muebles con los que procuraba no tropezar. ¿En dónde estoy?, me pregunté en silencio. La respuesta acudió a mi mente casi enseguida: no estoy en Juárez, ni en Sonora, ni en Monterrey; debo estar en la capital.

Sí, así era, pero aún no entendía qué hacía allá ni por qué creía estar en otra parte, cualquiera, menos ahí. ¿Cómo llegué hasta acá, qué hago en este departamento? ¿Quién soy? El nieto de mis abuelos, el hijo... De pronto, un escalofrío recorrió mi cuerpo, no soy el que creo; concluí.

Sin miedo ni aspavientos, entendí todo lo que había sucedido tras haberme quedado dormido viendo los álbumes de fotos y leyendo las cartas acumuladas por mi padre de cuando yo estudiaba en el extranjero y él o mi madre me visitaban. Luego recordé las visitas que había hecho en los últimos años, antes de que los hiciera abuelos. Si no había duda, me dije y exclamé: ¡soy el padre de mi personaje!

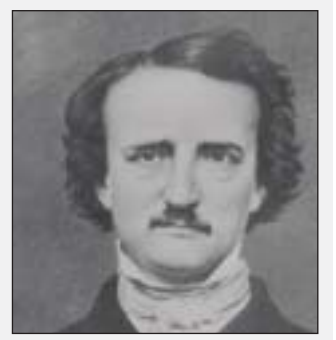
Entonces entendí, lo que mi hijo llegó alegremente platicando y pensé: sí existen las coincidencias, aunque no las que se dan en el mundo real, solo las de la mente y la imaginación.

- Bueno, no sé si "picones", - dijo mi padre, pero la nalguean.

- Hasta acá se oye, -dijo mi madre, - ¿o la cachetean?

Y los tres reímos, sin parar, por la ingenuidad de mi madre, entre otros motivos. Solo detuvo nuestra hilaridad la luz de la recámara que se encendió.

- ¡ssssh!, ya no se rían, se puede mal interpretar, alcanzó a añadir mi madre.



Edgar Allan Poe,
escritor estadounidense

Edgar Allan Poe, nació el 19 de enero de 1809, en Boston, Estados Unidos; quedó huérfano cuando tenía apenas dos años, por lo que fue adoptado por el matrimonio conformado por Frances y John Allan, un acaudalado comerciante de ascendencia escocesa que vivía en Richmond.

Poe comenzó sus estudios a los cinco años en un colegio en Irvine, Escocia; durante su estancia estuvo en contacto con la cultura y el viejo folclore escoceses.

Tras enlistarse al ejército en 1827, Allan Poe publicó su primer libro anónimamente, un opúsculo de poesía de 40 páginas que tituló "Tamerlane and Other Poems" (Tamerlán y otros poemas). En el prólogo afirmó que casi todos los poemas habían sido escritos antes de los 14 años. Sólo se imprimieron cincuenta copias, y el libro pasó prácticamente desapercibido.

En 1829 apareció su segundo libro de poemas titulado "Al Aaraf"; tres años después, publicó su tercer libro "Poemas" y justo en ese año, 1832, contrajo matrimonio con una joven mujer de 14 años de edad, quien también era su prima, Virginia Clem.

Para Poe la máxima expresión literaria era la poesía, y a ella dedicó muchos de sus grandes esfuerzos, los cuales se ven plasmados en sus célebres obras, entre ellas, "El cuervo" que apareció el 29 de enero de 1845 en el periódico Evening Mirror, de Nueva York, convirtiéndose rápidamente en el primer éxito popular dentro de su carrera. Otras obras distinguidas del escritor son: "Las campanas" (1849), "Ulalume" (1831) y "Annabel Lee" (1849)

El 30 de enero de 1847, el escritor estadounidense perdió a su esposa, quien fue víctima de la tuberculosis. El 3 de octubre de 1849, Poe fue hallado en las calles de Baltimore en estado de delirio, muy angustiado, y necesitado de ayuda, por lo que fue trasladado Hospital, donde murió el domingo 7 de octubre de ese mismo año.

ad pòdem
literae

"A la muerte se le toma de frente con valor y después se le invita a una copa",

Edgar Allan Poe.

letras de
buen humor

"Tengo una gran fe en los tontos, autoconfianza le llaman mis amigos",

Edgar Allan Poe.

En interiores...

Soltar el imposible arte del desapego

Carolina Rocha Menocal

Contra el miedo
Mónica Lavín

La Voz del Papa
P. José Martínez Colín